



Manuel Fernández Bustos, 75 años
Almudena González Ruiz, 20 años

Compuesta y sin novio

María salió a hurtadillas de su casa. Y es que había quedado con Antonio. Hacia ya varios días que no se veían y Antonio estaba deseando volver a verla. Incluso había pensado en formalizar la relación ya que sus familias se conocían de toda la vida y se exponían muy a menudo a ser descubiertos.

María prefería no pensarlo. Por eso el día que se enteró de que Antonio se iba a Francia a trabajar no pudo parar de llorar. ¿Y ella? ¿Todo había acabado? Cuando la llamó su padre al salón no pudo creerse lo que estaba viendo: Antonio había ido a su casa antes de marcharse para pedir su mano en matrimonio. Sus padres aceptaron. A la semana Antonio se marchó y Marujita quedó con la esperanza de que regresara pronto.

Los días fueron pasando y María no recibía noticias de Francia. Mientras cosía y bordaba junto a su madre en el salón de su casa alguien llamó a la puerta. Era el hermano de Antonio. No traía buena cara. "Maruja, olvídate de mi hermano, ha dejado en cinta a una francesa, él no te interesa" esas fueron sus palabras. Mientras, María sentía desfallecerse, se quedó sin aliento y no pudo pronunciar palabra.

Los días siguientes fueron una pesadilla. Recuerdos imborrables, preguntas sin respuesta y un dolor inmenso imposible de calmar.

Antonio volvió. Pero María no quiso saber de él nunca más. La había hecho mucho daño y además ya había empezado a volcarse por entero a su familia. Algo que nunca dejaría de hacer.

María, nació en Madrid aunque a la edad de nueve años se trasladó a Algeciras donde pasaría parte de la guerra civil, librándose así de los continuos ataques sobre Madrid. Su padre regentaba un hotel en esta ciudad y así mantenía a María y sus tres hermanos, todos varones. La relación entre Maruja y su madre era muy buena. Ella se ocupó de que aprendiera las labores del hogar y fuera una mujer útil en la vida. Sus hermanos fueron casándose pero María no quiso rehacer su vida. Había sufrido mucho por Antonio.

Los siguientes años de su vida pasaron rápido. Vivía en la Linea de la Concepción junto a sus padres. Los ayudaba en sus quehaceres diarios y a cambio ellos le daban todo el cariño que necesitaba.

La relación con sus hermanos era muy buena. Hablaba constantemente con ellos y fue conociendo y cuidando a cada uno de sus sobrinos como si fueran hijos suyos. Tita Maruja, como ellos aún la llaman, les hacía la ropa, les llevaba a la feria y les daba todos los caprichos. Todo el amor que había sentido hacia Antonio lo volcó para siempre en su familia.

Los años pasaron y se trasladó a vivir a Madrid donde cuidó de su madre, ya viuda, hasta el último momento. El vacío que dejó la muerte de su madre en ella era enorme. No tenía consuelo, únicamente el amor que sentía hacia sus hermanos y sobrinos.



Decidió ir a servir a algunas casas, los típicos palacetes del Madrid de los años 50 donde vivían familias de señoritos que necesitaban una o varias sirvientas para su atención. Fue muy bien tratada pero enseguida dejó el trabajo. Su hermano se negaba a que siguiera sirviendo y le hizo un contrato como empleada de su mesón. Se trasladó a vivir con su hermano y su cuñada. Era muy feliz, podía estar cerca de sus sobrinos, compartir con ellos risas, juegos y alguna que otra regañina. Pero el tiempo pasa.

Ahora, con 76 años vive en una residencia, en "mi casa", como ella dice. Al principio la adaptación fue difícil pero comprendió que no podía pasar más tiempo en casa de su hermano. Él está muy enfermo y necesita toda la atención de su mujer. Los días de su vida ahora pasan entre clases de confección, manualidades, gimnasia y actuaciones en el coro de la residencia.

María es admirable: entregó todo su amor a su familia, incondicionalmente. Y no se casó nunca porque "no me dio la gana". Y es verdad. Porque guapa y resuelta era.

Lo importante de la vida

La vida está para vivirla. Eso es lo que me cuenta María en una carta dedicada a mí, a su amiga. Hay que disfrutar de los buenos y los malos momentos. De todo se aprende. Cada día hay que despertarse con una nueva ilusión. Hay que sentir las ganas de vivir. En los malos momentos, cuando nos sentimos solos, siempre hay alguien detrás dispuesto a ayudarnos a salir del pozo en el que nos encontramos. Solamente tenemos que ser observadores y aprovechar todas las oportunidades que nos ofrezca la vida.

María y yo estamos de acuerdo: cada uno vive su vida como quiere. Y nos parece muy bien.

María cree que la finalidad de la vida es encontrar la felicidad. Y por eso nos pasamos toda la vida luchando. Y los hay afortunados, como ella, que la ha encontrado de una manera muy distinta a la que la mayoría de las personas está acostumbrada. Y puede estar tranquila de su vida porque es muy difícil poder decir que lo único que te hace falta para terminar de ser feliz es "una pulserita de oro".